



Dignísimas autoridades, hermanos todos:

Ante todo, buenas tardes y un fraternal abrazo, en este Domingo de “Palmas y Ramos”, a cuantos nos acompañáis en este lugar centenario y emblemático de Puente Genil, como a los que lo hacen a través de los diversos medios de comunicación. Gracias, anticipadas, por vuestra presencia y atención.

Nuestro más sincero reconocimiento al Ilustre Ayuntamiento por las facilidades prestadas para el uso de estas magníficas instalaciones.

Reiterando las felicitaciones y agradecimientos que nuestro Presidente formuló, el pasado “viernes lardero”, en la Junta General de la “Agrupación de Cofradías y Corporaciones Bíblicas”, en el singular marco de las “Bodegas Delgado”, entremos, sin más preámbulos, en faena.

El Pregón que, de seguido, vamos a escuchar no es un Pregón lírico, ni se trata de una representación. Sí podemos calificarlo como un texto intimista en el que, con motivo del XXV aniversario de nuestra Corporación, las “Sectas Judaicas de Israel y Discípulos de Emaús”, se posiciona ante nuestra Semana Santa. Y lo hace con profundo respeto a la Tradición más singular y arraigada que hemos heredado de nuestros antepasados, de nuestros viejos semaneros y, al propio tiempo, con valentía, poniendo el dedo en la llaga en cuestiones que, a todas luces, deben cambiar o, cuando menos, mejorarse.

Los personajes a los que el hermano narrador hace alusión, en su relato, son seres ficticios. Cuando alude a su padre, madre, hermanas... no se refiere a sus propios familiares. Pero, aunque resulte paradójico, cobran tanta realidad que, en un sencillo esfuerzo de imaginación, cualquiera de vosotros o, mejor, de nosotros puede experimentar la entrañable sensación que se trata, que se está refiriendo a nuestros propios padres o hermanos e, incluso, a nosotros mismos. Porque... vamos a ver: ¿Quién no acudió, en la infancia, de la mano de sus padres a las procesiones? ¿Quién no imitó, en tambor de lata, ese peculiar redoble de las cajas de nuestros Romanos? ¿Quién no desfiló, luciendo floridas guirnaldas de clavellinas, solemne, marcial... marcando el paso como ellos lo hacen, soñando con sus bellas marchas y pasodobles? ¿Quién no aprendió a ser mananero, emulando a sus mayores, en un “Día de la Cruz”? ¿Quién, junto a un puñado de amigos, no forjó su primer Cuartel, acompañando penurias y cuatro desvencijados muebles con ilusión, ganas y cariño? ¿Quién, en la madurez, no se siente orgulloso con la Corporación ya consolidada, con nuestros Cuarteles, corazones que bombean latidos de vida a todo el entramado de nuestro complejo mundo mananero; de nuestras “Figuras”, seña de identidad; de nuestra peculiar saeta-cuartelera; de las coplas propias, autóctonas, de la “Schola Cantorum” que impregnan de armonía y belleza nuestros templos; de tantos hermanos bastoneros que, hombro con hombro, recrean, con el azahar de cada primavera, la Pasión y Muerte del Nazareno y la Amargura de Su Madre, en sus diversas advocaciones, por las calles de nuestro pueblo.

Y, en un “Día de la Cruz” cualquiera, cuando la campanita y el pasodoble romano, entremezclados con el murmullo de la muchedumbre, calle Aguilar arriba, vienen pregonando el inicio a la vida manantera de tantos niños de Puente Genil, cuántos hermanos veteranos, decanos de Corporaciones, se sentirán aludidos, en este Pregón, viendo partir a sus nietos, con los nervios e impaciencia propios de la corta edad, a la Diana y a las procesiones, a cumplir con esta, podríamos decir, “llamada de la sangre” y, en soledad, recordarán, con añoranza y alguna que otra traicionera lágrima en sus ojos, todo el ciclo manantero: desde aquel primer Cuartel a este otro actual y, encuadrados dentro del mismo, entre blancas paredes de cal, desfilarán ante él, uno a uno, todos aquellos amigos y hermanos con los que compartió amistad, abrazos, experiencias, alegrías y también sinsabores. En definitiva: tantas vivencias cuarteleras y... ya descansan a los pies del Patrón, de nuestro Terrible Nazareno...

(El telón se va abriendo, lentamente, apareciendo la escena del abuelo, viejo manantero, con su nieto, quien a partir de ahora narrará su historia.)

RECUERDO

Me han temblado las manos mientras anudaba el cordón de la túnica de mi nieto. La campanita, a lo lejos, llamaba incesante a la Diana y hay que comprender que, a su edad, no hay espera posible. He querido decirle algo, pero una y otra vez, sus ojos me han rehuído. Sólo he tenido tiempo de mirarlo fijamente, acariciar su cara y abrazarlo fuerte. No importa, no podría haber pronunciado ni una palabra, la emoción me hubiera vencido.

El día de la Cruz, como él, los niños de este pueblo despiertan al ciclo de la Semana Santa. Esperan impacientes que, ahora, muchos de sus sueños se hagan realidad. Jesús, mi nieto, apenas ha dormido ensayando una y mil veces los pasos del Fariseo, me ha preguntado cómo debía caminar, cuándo y cómo tendría que hacer las reverencias, si vería a los romanos, si el rostrillo le molestaría

- Vale ya, - le he dicho -, todo eso saldrá solo, no te preocupes hijo.

Al oír sus pasos escaleras abajo, he sentido el milagro del tiempo y he visto la casa donde nací, el zaguán desde donde observaba incrédulo las procesiones, el cuarto pequeño donde mi madre hacía dormir las noches de cuaresma a mi padre, el armario cargado de túnicas y aquel señor de la Humildad que me hacía estremecer de pena y me obligaba a preguntar:

**- En que está pensando el Señor, mamá?. Y ella, con una sonrisa en los labios, me decía:
- En tí, chiquito, en tí.**

Al oír sus pasos, he comprendido que ese ciclo se reproduce constantemente y como una noria gira incansable recogiendo las aguas de la mananta, de las que beben los hombres y mujeres de Puente Genil. El ciclo de la Semana Santa, ese ciclo, discurre paralelo a nuestras vidas, se corresponde con él, lo llena de tal modo que los mejores recuerdos de niño, de adolescente, de hombre maduro y aún de viejo son los que se relacionan con la Semana Santa.

Sí, hoy, me he visto en él y caigo en la cuenta de que estamos hechos de recuerdos, recuerdos guardados celosamente en el almacén de la memoria, esperando un día como hoy

para asaltarnos, para abrir la puerta del olvido, y sacudirnos fuertemente. Supongo que eso será lo que me hace tener esta sensación tan extraña.

Solía contar mi padre que el primer síntoma preocupante de mi afición a la Mananta ocurrió cuando apenas con dos años desfilaba por el pasillo de la casa con un palo al hombro pronunciando un sonido parecido al de un tambor. Jamás pudieron pensar que tras aquella primera subida a los romanos en la que estuve presente, las idas y venidas por la casa imitando al Imperio serían continuas, que para dormirme el mejor remedio fueran las marchas y pasodobles o que la palabra más utilizada de mi corto vocabulario fuese “omanos”, es decir romanos. Por todo ello, pronto comprendió, la que me parió, que llegada la Semana Santa, en la casa, habría doble sufrimiento, el de madre y el de esposa. Y a fe que lo hubo.

Era la Semana Santa un tiempo esperado, no sólo porque perderíamos de vista algunos días a aquel profesor miope y autoritario que nos tiraba de las oras y obligaba a recitar con la misma marcialidad los poemas de Pemán que la tabla del nueve; sino también porque volveríamos un año más al bullicio de las procesiones correteando entre los capiruchos o nos meteríamos con aquellas figuras feas que azotaban al Señor sin compasión convirtiéndose en los personajes más odiados del desfile.

Sí, era un tiempo esperado. Sobre todo porque después vendría el Día de la Cruz, el día de los niños, el día en que somos dueños de la Semana Santa. También el día en que mi madre me colocaba aquella camisa de cuellos ajustados hasta arriba que no había manera de desabrochar.

Hace poco tiempo que encontré perdido en el desván de la casa de mis padres el tambor de lata que a cada uno de nosotros nos hizo José Montilla o el paso de madera que Antonio el carpintero nos fabricó a fuerza de ser unos pesaos.

A todas horas con el paso, parriba, pabajo, meciéndolo, descuajeringao al final y con las margaritas por el suelo. Son los inicios como bastoneros, más tarde será la Humildad, la Columna o la Virgen, y el no va más, Jesús Nazareno. Aquello era serio, puedo decir que el día de antes apenas dormía, nervioso aguardaba la hora para llegarme por los amigos, nos mediamos, tú más alto, aquí, vosotros dos allí y yo que era un retaco, en primera fila. Aquello era serio, por eso me molestaba oír decir a la gente:

- ¡qué graciosos! ¡Qué bien lo llevan!
¡Y un pimiento!. Que hasta habíamos ensayao.

Día intenso pues y único día en el que se puede ver en un mismo cuartel todo lo que hace única nuestra Semana Santa. A la misma mesa se sientan romanos, figuras, rebates y perros pachones. ¿Es o no el Día de la Cruz, la Escuela de la Mananta?.

Venía precedida la Semana Santa de una combinación de olores, llegaba rápida con el olor intenso a cal y azulillo. Las mujeres de la calle Santos, Aguilar, Santa Catalina o calle Horno pregonaban con sus brochas en la mano, sus vestidos negros enlutados y grandes latas de cal, que la Semana Santa ya estaba aquí. Y ese olor me persigue de tal forma que en cualquier época del año o en cualquier otro lugar el olor a cal me recuerda a mi Semana Santa. Me fascinaba ver a mi madre, junto con mi abuela, mis tías y alguna que otra vecina hablar animadamente, mientras hacía magdalenas, sobre el último chisme del pueblo, sobre el novio

de la niña que venía ahora de hacer la mili, sobre lo difícil que era criar a los hijos, y cómo no, sobre los preparativos de la Semana Santa — que si ya he sacao las tuniques, que el pregonero era fulanito, que ojala hiciese buen tiempo, que si alumbraríamos tal día, que le he dicho a mi marío que le vaya a pasar lo del año pasao... en fin, no tardé en darme cuenta de que, hechas así, son las mejores magdalenas del mundo porque se hacen pa Semana Santa.

Si, por tanto, existe un olor característico de la Semana Santa, no es menos cierto que sus sonidos son únicos. A tres de ellos despierta temprano el oído de nuestra niñez: el sonido de la campanita, de las saetas cuarteleras y de la música del Imperio.

Mi abuelo, asociado desde pequeño a las Cien Luces, me contaba que mucho antes, pero mucho antes de que yo naciese, el muñidor tocaba la campanita por las calles de lo que era el Pontón de Don Gonzalo llamando a los hermanos. Después descubrí que ese mucho antes, era el siglo XVII, casi na. En cualquier caso, fuese antes o después, el sonido de la campanita me persigue siempre que evoco los recuerdos de mi infancia.

La campanita alteraba las horas de mis juegos y también de mi sueño. El Jueves Santo pasaba la noche en vela, mi madre había ido a Jesús a acompañar durante todo el día al patrón y yo esperaba la hora para oír aquel tintineo que abría paso a la muchedumbre que se dirigía al Calvario a esperar la salida del “Terrible”. Después volvía a la cama, tranquilo, para conciliar un sueño profundo arrullado por el sonido de la campanita. Un sonido que, por más que lo intentaba, no podía sacar de mi cabeza, o al menos así lo creía. Y es que la tenacidad del eco de la campanita, eco eterno, infinito, parece que como una sombra nos persiguiera siempre, agigantándose en los días de Semana Santa, hasta tal punto que he oído tañir campanas en otros pueblos y no suenan igual, ¡que esta que tenemos aquí es la única que hace vibrar el corazón de los hombres.!

La primera vez que escuché una cuartelera fue una experiencia realmente frustrante, y es que, mi padre, lo hacía rematadamente mal. Flaco favor al arte de la saeta cuartelera, pero por más que se lo decíamos no había medios. Eso sí, letras e historia de la cuartelera, como nadie. Ahí sí que tuve un buen maestro.

Aunque, quien, verdaderamente me enseñó a cantar fue un tío mío, manantero hasta el tuétano y gran flamencólogo. Me hizo apreciar el verdadero valor de este cante, único de los cuarteles y calles de este pueblo. Aún escucho sus palabras:

-No la adornes nunca, cántala llana, sencilla, como si rasgara el cielo.

Con él ensayaba una y otra vez la misma cuartelera.

Puesto en la plaza de Roma
Anunciaba el pregonero....

Y a continuación, siempre me decía:

- niño, si quieres cantar bien arrímate a los Apóstoles.

Y tan al pie de la letra me lo tomé que un Viernes Santo por la noche anduve perdido, con los municipales buscándome, mi tío desesperado, cogió a la sogá de uno de esos picoruchos negros cuyas voces intentaba hacer mía, por ver si así podía remediar el mal hacer de mi padre. Pero, sin duda alguna, de pequeños lo que verdaderamente nos hace ilusión, o por lo menos a mí me lo hacía, era salir vestido de romano; desfilar al compás de la música del Imperio. Mi abuelo había conocido los romanos de antaño y me había contaó cómo los que hoy conocemos habían nacido de la unión de los Pajizos con los Coloraos y cómo fue la Diana del Maestro D. Manuel Medina quien los unió. Cuando yo le pregunté, por qué existían aquí los romanos, él, amigo de las comparaciones, me dijo:

“Mira, Puente Genil no es Puente Genil en Semana Santa, es otra ciudad, aquella donde mataron al Señor, por eso aquí están los fariseos y saduceos, sus enemigos, está Judas quien lo vendió por treinta perras gordas, está el paralítico al que hizo andar, el cirineo que cogió la cruz cuando él ya no podía más, sus doce discípulos, que siempre lo siguen, ¿te acuerdas que el año pasao llovió y no se separaron de él?, pues bien los dueños de aquella ciudad eran los romanos, los que mandaban, por eso se pasean por el pueblo demostrando quienes son.”

Así, expectante aguardaba la media tarde del Jueves Santo para arremolinarme entre la gente, dejando por un momento la mano de mi madre y adelantándome para intentar ver a lo lejos las plumas blancas del Imperio. No hay nada más llamativo para un niño, es que están bien hechos, y si además eran los dueños del pueblo, yo quería ser romano, ser su capitán, marcial, altivo, tener en mi mano el poder para no seguir el guión de la historia y como jefe del Imperio salvar a Jesús Nazareno. Aunque lo que verdaderamente me llamaba la atención era ver cómo los pies de la gente que se agolpaba en las aceras se movían al unísono siguiendo el compás de la música en una sinfonía zapateril perfecta e inigualable. Tal era mi afición al Imperio que con siete años me aprendí un soneto que recitaba para mí en la soledad de mi cuarto:

Este Imperio sin par no tiene tacha
Solera de mi vieja Andalucía
Con su rumbo, su gracia y su hidalguía
Se lleva el corazón de las muchachas.
Blanco plumero que movido a rachas,
Hasta el viento le rinde pleitesía,
Lenta marcha y alegre melodía,
Oro y plata, en los cascos y en las hachas.
Cuando, al fondo, aparecen a lo lejos
La realidad se torna fantasía,
En sus ropas, de raso y pedrería,
El rojo sol el iris de reflejos,
En sus limpios escudos como espejos
Se miran las Pontanas este día.

He crecido con la música del Imperio, “Enriquetilla”, “La Matraca”, “Entierro”, “La Maga”, he escuchado miles de veces el Miserere o el Stabat Mater, y otras tantas he bajado con los romanos el Domingo de Resurrección por agotar hasta la última nota de la música de la Mananta, porque, yo pregunto, quién no ha marcado el paso alguna vez, quién no se ha sentido más alegre, más optimista, más sincero, más hermano, quién no ha sentido un rumor extraño

por el cuerpo para terminar sonriendo, quién no ha sentido nunca todo eso al escuchar las notas del Imperio.

Seguro, esta música nunca pasará de moda, no está sujeta al capricho volátil de los hombres, es una música eterna, una música propia de este pueblo, un patrimonio no más importante por ser de Puente Genil sino por ser nuestro. Por eso, se, que aunque hoy, las procesiones comparten otras melodías, las que de verdad impregnan las calles de mi pueblo, las que de verdad penetran las paredes de las casas alojándose en la mente del pontano son las del Imperio, y lo se, porque al ver a mi nieto veo que siente lo mismo que yo sentía.

Pero el universo mananero de mi niñez está asociado fundamentalmente a aquel día en que mi padre fue Hermano Mayor. Hombre sencillo, demasiado trabajador para mi gusto, cariñoso, al que no se le caía la casa encima y, según mi madre, con un pequeño defecto, que además del cuartel pertenecía a seis cofradías. De modo que había relato cuando llegaban los recibos.

Yo había acudido de su mano a las procesiones. Me gustaba, pues era la única forma de pasar de espectador a participante activo en la Semana Santa de los mayores. Sin embargo, aquel año, contaría yo diez, fue distinto, porque desde muchos días antes hubo una agitación especial en la casa. Me renovaron la túnica, mis hermanas lucieron vestidos nuevos y la despensa se llenó de repente. Pero sobre todo, mi campanita, la que oía en mis sueños estaba allí, pesada, antigua y según la grabación, hecha en 1866.

Llegada la función, él se sentó en los primeros bancos, como niño, escudriñaba cada uno de los rincones de la Iglesia. Miraba en todas direcciones, buscando algo que captara mi atención. Lo encontré en aquel coro de hombres que dirigidos por D. Joaquín ponía, con sus cánticos, a media iglesia la carne de gallina. Y así, yo pensaba para mis adentros, qué será esto de ser hermano mayor, por qué siento distinto a mi padre, qué tiene en la cara que parece el hombre más feliz del mundo. Lo quiero, me dije, siendo o no mananero, siendo o no hermano mayor, siempre te querré.

Aunque estuve a punto de desdecirme de estos pensamientos cuando en Semana Santa tuvo que salir sin mí el día de la procesión, por no se qué obligación. Cuando al fin mi madre me vistió, salimos a la calle y lo vi a lo lejos, corrí entre perros pachones, picoruchos y figuras y me agarré a su mano sin que él se diera cuenta. No la volví a soltar, de vez en cuando desde mi altura la miraba, mano fuerte, grande, amiga, prueba de esa protección que los hombres buscamos mientras somos niños.

Al acabar el encierro, y ya cansao, abandoné su regazo:

- **vámonos, papá, le dije.**

Pero él, delante del paso parecía inmóvil, apenas quedaba gente, algunos hermanos cantando saetas, mujeres que pedían flores.

- **vámonos, volví a decirle.**

Pero mi madre me susurró al oído, - **déjalo, ven conmigo** - y al irme cruzamos la mirada y fue la primera y única vez que lo ví llorar.

Hoy, cuando me acuerdo de él, siento la mano de aquel miércoles santo dándome fuerzas para intentar seguir siendo un hombre bueno.

Ya ven, todos hemos sido niños. Incluso algunos no dejarán de serlo nunca. Porque la niñez contiene en pocos años todo lo que de bueno conforma la vida: ilusión, cariño, inocencia, esperanza, candidez, belleza. De niños sentimos y amamos con más fuerza y es en la niñez, esa fragua que forja al hombre, dónde conservaremos intactos nuestros mejores recuerdos.

Soy la infancia de un niño ilusionado
que abrazó mil veces a las tibias lágrimas
del miserere a la luna mirando.
Bendita luna de este cielo claro
que maternal esculpió el alma alegre
de este niño, ahora hombre forjado
que quiso beber en la rica fuente
donde mojan sus labios los pontanos.
Fuente sí, y río el poeta amado
que no deja de correr por mis venas.
Ay qué dicha, si el estío esperado
de una saeta vive en el corazón
del que una vez fue niño un Viernes Santo
rehuyendo la sombra de la Muerte
y el juego del Demonio encabritado.
Qué infantil encanto, si un simple palo
descansa en el hombro al compás de un son
que peina plumeros negros y blancos.
Soy la brisa que cada primavera
huele a bodega, a patio y a naranjo,
la infancia de ropillas de figura,
sólo un triste velo y dos viejos trapos
que me hacían soñar en la vigilia
con algún martirio pobre en las manos.
Aquel primer caminar bullicioso
al lado de mi padre y mis hermanos
una azulada tarde de marzo o abril
presintiendo llegar a los romanos,
aquél sonoro tañir de campanas
que arriba dominan todo el valle ancho,
y aquél vibrar de la campanita
los recuerdo en tropel apasionado.
Todo ello permanece en este ser
humilde que le enamoran los cantos
y la paz de mi cálido remanso.
Imploro que esa paz me oiga mañana
cuando el niño que una vez fui sea ocaso,
y su tambor de lata y trajecillo
de figura, simple humo del pasado.

En esa difícil transición que marca la niñez de la adolescencia, el periplo manantero se asemeja a aquellos ritos de paso que en la antigüedad transformaban al joven imberbe en un ciudadano de pleno derecho. En estos años o todo es muy pequeño o aún es demasiado grande. Somos muy pequeños para vestimos de figura en la Semana Santa de los “grandes” y muy grandes para vertimos en la de los “pequeños”. Es más ya no queremos saber nada del Día de la Cruz, “anda ya papá, voy a sacar este año el paso”. Nos aburre acompañar a nuestras madres en las procesiones, deseamos el bullicio de los encierros donde nos apretujamos sonrojados mirando a aquella niña que ha venido de fuera, probamos por primera vez el vino y exclamamos “no sé cómo pueden beberse esto”. Y por eso, en fin, optamos por refugiarnos en el grupo de amigos, con los que a la postre fundaremos nuestro primer y a veces único cuartel. Porque es ahora cuando en la mayor parte de los casos se fundan los cuarteles. La Semana Santa deja de ser un juego de niños y buscamos la condición de hombres formales. Como en un espejo nos miramos en nuestros mayores. Hay un efecto de imitación, la búsqueda de un referente, de tal forma que los grupos jóvenes siempre encuentran la protección de un cuartel viejo que les sirva de Cruz de Guía.

Comienza pues una aventura que para muchos durará toda la vida. Como nos ocurrió a nosotros, diez amigos que un buen día decidimos formar un grupo. La mayoría habíamos compartido los pasos chiquitos y los rostrillos prietos del Día de la Cruz, otros, simplemente se dejaban llevar. Recuerdo que había muy pocos cuarteles, una mala época la que nos tocó vivir, no teníamos nada, ni casa ni menaje, ni túnicas ni nombre, eso sí, ganas e ilusión por compartir, todas.

Por lo tanto, lo primero era un nombre. Cogimos la Biblia. Los hijos de Elimelec, no, La caída de Babilonia, tampoco, Los doce diáconos, no son doce son siete, no nos gusta, La glorificación del Templo, eso no existe, y mientras Miguel que permanecía callao en un rincón dijo - lo tengo, LA LANZA - y ahí quedó.

Puesto el nombre, hacía falta una casa, puesto que no hay cuartel sin casa. Mientras, convocábamos las juntas en los recreos o en tabernas y bares del pueblo. A estas edades cualquier casa donde metemos es buena y aunque al final el padre de José nos buscó una, tenemos que agradecer y reconocer a toda la gente que nos ayudó. Cómo se volcaron nuestros padres y hasta el mismísimo Ayuntamiento nos ofreció donde alojarnos.

Casa hoy desaparecida llena de grandes recuerdos, de paredes que parecía un milagro se mantuviesen en pie, contenedor de ilusiones, cómo algo tan frío puede ser al mismo tiempo tan ardiente.

De acuerdo, pero la casa hay que llenarla, unas cuantas sillas de enea, cubiertos sobrantes o sustraídos en un descuido, tableros y banquillos, cuatro fotos, el patrón y poco más, bueno sí, el paladar me lo recuerda, la ensaladilla de mi madre, el lomo con tomate de la tuya, la tortilla de tu abuela, el caldo de la madre de Antoñito, parece que fue ayer.

Mucho se ha hablado sobre el papel de la mujer en nuestra Semana Santa, yo no quiero meter la pata, éste es un debate de estos tiempos. Y aunque respeto todas las opiniones y se que hoy la harina es de otro costal, no tengo reparo en decir que gracias a nuestras madres salimos adelante entonces, que fueron ellas nuestro sustento, nuestro mejor apoyo y todo desde el anonimato. Por eso con orgullo, digo, que soy manantero por vía materna, cuya única frustración, y así lo dijo ella siempre, fue haber nacido mujer en un mundo de hombres.

Hay en este proceso de creación, preguntas que por lo menos a mí me asaltaban cada vez que hablaba de nuestro cuartel. Por qué decidimos fundarlo, qué nos hizo tomar esa decisión y sobre todo, por qué nos mantuvimos durante tanto tiempo. Son preguntas ciertamente difíciles de contestar.

Es posible que en los primeros momentos nos mueva el sentimiento de grupo, uno o dos deciden hacer algo y los demás les siguen, pero seguro que debe de haber algo más. Yo creo que en el cuartel existen valores que se curten en estos momentos y que ya no nos dejan nunca; la humildad, la sencillez, el perdón, la hospitalidad, el respeto, el sentido de la responsabilidad, la generosidad, el trabajo desinteresado... ya, ya se lo que me vais a decir, que lo pinto muy bien y que en no todos los cuarteles esto es así. Efectivamente, estamos hechos de barro y por tanto de gran fragilidad, por eso también existe en los cuarteles la falta de respeto, la envidia, la vanidad, pero quien ha dicho que no somos humanos.

Lo que yo pretendo decir es que el cuartel es como una escuela de vida donde pueden aprenderse esos valores, pues son consustanciales a su propia creación, sin esos valores no puede existir un cuartel. Pero por encima de todo, y no me lo negaréis, existe el valor de la amistad. Es el motor del que hablaba Aristóteles, es el principio de todo y también su fin. Los cuarteles se hacen entre amigos y andando el tiempo hacen amigos.

Amigos que se estrenan un Domingo de Ramos.

Apenas había dormido el día anterior, imaginando cómo podía ser nuestro primer almuerzo de hermandad, acompañé a mi madre a la misa de palmas y ramos, y muy bajito, le pedí de rodillas al Nazareno que nos cuidase a todos, que siguiéramos juntos todos los días de nuestra vida.

Ya en el cuartel, allí sentados, los miraba fijamente y sonreía, mira Manolín, con el kilo de gomina a cuestras, si nunca se peina, vaya corbata se ha puesto Enrique, uno a uno los repasé mentalmente, se hizo un silencio en mi interior, el silencio de los recuerdos y de las nostalgias, el silencio de la memoria común de unos jóvenes que habían arrastrado las mismas dificultades y padecido las mismas penalidades con el único consuelo de la amistad, del aprecio y de la fe de los unos en los otros. El silencio de la emoción y de la alegría incrédula de ver un sueño hecho realidad. Casi se podían tocar los pensamientos que cruzaban por sus miradas, por los ojos húmedos y pensé, ya somos hermanos, y durante horas nos abandonamos a la palabra, las cuarteras y las saetas coreadas, como si en ello nos fuese la vida.

Poco a poco hemos abandonado el ímpetu de la juventud, nos hemos vuelto más serenos y las cosas importantes de la vida nos han inundado de manera que aquel tiempo parece que quedó muy lejos. Porque el cuartel sigue presente en la madurez, pero se siente distinto. Nuestra vida ha cambiado, la mayoría nos hemos casado, tenemos hijos, trabajamos, nuestro tiempo y nuestras energías están más repartidas.

Es curioso, porque, puesto que había pocos cuarteles en aquel tiempo nos convertimos en un grupo importante dentro de la Semana Santa, crecimos nosotros y creció el cuartel y esa responsabilidad nos hizo mirar hacia dentro. Mirar hacia dentro no es más que mirar a la tradición y preguntarse, interrogarse sobre los aspectos más importantes de la misma. Pues desconocer todo ello, era algo así como desconocernos a nosotros mismos.

Por eso, si la Semana Santa estaba ahí, lo mismo que sus cuarteles, que las figuras, el Imperio, la Cuaresma, o las Cofradías, cómo y cuando había surgido, quienes habían sido los responsables de transmitirla así.

Alguien dijo que el Jueves Lardero no era originario de Puente Genil; decía que en casas de Cataluña y Baleares, especialmente en las que había niños, se acostumbraba hacer un muñeco de papel que quería representar la Cuaresma. Le daban forma de mujer, con los brazos extendidos y las faldas muy amplias, con el fin de que la parte inferior pudiera dar cabida a los siete pies, que simbolizaban las siete semanas de duración de la Cuaresma. Se colgaba tras la puerta de la cocina o en la campana sobre los fogones. También había quién la colgaba en el exterior de una ventana o del balcón como testimonio de fe y religiosidad. Cada domingo, al volver de misa, el cabeza de familia, ante todos los hijos y con una cierta solemnidad, le cortaba un pie para significar que ya había transcurrido otra semana. El muñeco venía a ser un calendario casero infantil de la Cuaresma, que marcaba las semanas transcurridas y las que aún faltaban para acabar el período de ayuno y privación.

No hace falta aclarar que el Jueves Lardero nos fue introducido por un hermano de la Judea conocedor de aquella costumbre catalana. Aquel simbolismo fue adoptado por su Corporación para regalarle una identidad propia en “La Puente”. Eran otros tiempos, y quizá aquellos viejos mananeros de la calle Campanas invitarían hoy a una reflexión importante, empezando por ejemplo y entre algunas otras cosas, por las subidas al Calvario los sábados de cuaresma, que aunque la Judea sólo hace la visita el Domingo de Ramos, sabe en cambio cómo debe de ser ésta.

Las subidas al Calvario son vagas imprecisiones de lo que antes conocimos. Querrían hacer algo aquellos viejos mananeros antes de ver perderse el verdadero sentido de nuestras subidas, y es que, hermanos, hace falta una escuela de la Semana Santa para que de una vez por todas se aprenda el significado de las cosas.

Es fácil que seamos blanco de críticas, si llevamos la vista para ponerla en otro lado, para no querer ver a niños bebiendo sin medida, utilizando un sábado de romanos para otra cosa. No, eso no puede ser; como no puede ser que nuestros abusos en nombre de lo profano manchen nuestra idiosincrasia. Ya lo han dicho antes muchos pregoneros: que lo religioso y lo profano van muy unidos en nuestra Semana Mayor, pero las caricaturas que ensombrecen nuestra Fiesta deben de ser poco a poco desterradas. Mejoremos lo nuestro como los hombres y mujeres de Puente Genil sabemos hacer, y ello sin necesidad de adoptar otras costumbres diferentes que nos vengan de lejos, de otras Semanas Santas.

Si existe, pues, una tradición en este pueblo que hace nuestra celebración diferente, original y única, ¿por qué no la conservamos?, ¿qué empeño hay en traer cosas ajenas a este pueblo? Procuremos mejorar lo que tenemos, inclusive hacerlo más grande, pero si traemos formas y estilos de otros sitios, ¿dónde va a residir lo genuinamente pontanés? Ah, sí, me dirán, en los cuarteles, claro, como una especie de parque jurásico, donde fosilizadas se conservaran las verdaderas tradiciones de este pueblo.

Debemos abrir los ojos ante el presente estudiando lo que tenemos, proyectando nuestras ideas ante el futuro sin dejar nunca atrás la pasión de nuestro pasado. Se lo debemos a cientos de mananeros que ya se fueron, y a otros que ya han vivido con intensidad y no se

resisten a perder la verdadera biografía de un ente vivo como es nuestra Semana Mayor, esos que están a punto de caer doblados por el peso de la edad.

Contemplemos también a las viejas Cofradías de Puente Genil, su austeridad y dignidad con la que procesionan sus pasos, sus vinculaciones familiares transmitidas de generación en generación, su relación única en el mundo con los cuarteles, mirad si no algunos ejemplos: el Ancla, las Negaciones, la Judea, el Arca de Noé, los Fundadores de Israel, los Milagros de Jesús a la **COLUMNA**. El Viejo Pelicano, el Pentateuco o los Profetas al **SEPULCRO**, el Cirio, los Romanos o el Pez a la **HUMILDAD**, la Judea, la Espina, el Arca de la Alianza o la Corona a las **ANGUSTIAS**, el Evangelio a la **AMARGURA**, el Centurión, los Samaritanos a la **MISERICORDIA**....

Por último, conduzcamos nuestra memoria a los sonidos más entrañables, a los vivos antiguos, a la saeta casi olvidada, a los brindis más sinceros y emotivos, a los esfuerzos de nuestros antepasados, a los desvelos de nuestros padres y a los amores de nuestras madres que tuvieron en sus manos cálidas, como un torrente de fervores, la magia y el portento de la esencia de nuestras tradiciones. En definitiva, rememorícemos nuestra tradición desde el principio para enseñarla pura a nuestros hijos, y que éstos a su vez puedan hacer lo mismo con los suyos. Comencemos otra vez desde el origen de todo, desde el alba de nuestra única Semana Santa.

A este pueblo le gusta lo sencillo, querer a sus Cristos y adorar a sus Vírgenes, adoración que nos guía con consuelo y esperanza como una estrella o como un coro de ángeles cuando nuestras almas se impregnan de amargura, adoración que nos hace alcanzar la victoria pese a nuestros dolores y al peso de nuestra cruz diaria y que nos baña en lágrimas en la soledad de una oración.

Pero si todo esto es importante, hay algo que descubrí por mí mismo, sin la ayuda de libros ni palabras.

Hacía ya varios años que los diez amigos nos habíamos convertido en algunos más y nuestro cuartel ya no era el de antaño. Hombres pues, sujetos a los caprichos del destino.

Quiso éste, que Juan, amigo de la infancia, compañero fraternal de juegos, nos abandonase antes de lo humanamente permitido. En los meses previos a ello, yo, lo visitaba con frecuencia hablando de las cosas de nuestro querido pueblo y lógicamente al aproximarse el tiempo de la cuaresma, lo hacíamos sobre la Semana Santa. Creo que él era consciente de cuanto le iba a suceder y por eso, la sinceridad impregnaba todas sus palabras. Decía que daba igual las razones por las que una persona podría estar en un cuartel o una cofradía, él mismo lo había hecho por seguir a sus amigos, pues no tenía tradición familiar en este sentido, ni siquiera razones religiosas pues su fe, reciente aún, había sido consecuencia de un largo proceso de reflexión. Él creía sobre todas las cosas en la bondad de los hombres, en el respeto a los demás, en la humildad de sus acciones.

- **P**uedes creer — me dijo un día - que yo me he hecho mejor persona en el cuartel, que he aprendido a querer, a distinguir las cosas buenas e importantes de la vida, a valorar la fugacidad del tiempo, que he visto a Dios en sus paredes.

Por todo ello me reclamaba una y otra vez que puesto que él ya no podía luchar por ello, permaneciésemos unidos, que nada quebrara nuestra amistad, que el espíritu de la juventud no nos abandonase.

El día en que murió yo estaba allí, tenía una vieja foto en las manos, diez amigos sonrientes. Con un gesto me llamó, me la entregó y me susurró al oído, te los encargo. Aquel día descubrí el verdadero sentido de la vida.

Yo tengo un rostrillo
grabado en el alma
que encarna amistad;
sobre pared blanca
vive en el cuartel.
Se nos coló al alba
como un rayo de sol
y allí hizo su casa
por donde pasea
con sandalias de plata.
Amístad con cetro
pues es la que manda:
reñimos... perdona,
gritamos..., da calma,
tras la tempestad
nos reúne y abraza,
nos contempla rotos
y presta su toalla
para nuestras lágrimas.
Igual que a los niños
con mimo nos trata;
se apoya en nuestro hombro
y expresa palabras
que cuentan de amor,
que nos embelesan
y así nos remansan.
A la Cuaresmera
le quita la pata
y se echa a llorar
si alguien nuestro falta.
La amistad que os digo
no va solitaria,
cada cuartel tiene una
fuerte y bien plantada
en sus cimientos
y en sus ricas almas.
No es un raro sueño
la amistad pontana,
que en el cuartel vive,
cuadros la retratan,
y flota en el aire

candorosa y mansa,
sencilla y sincera.
Di hermano y hermana
si no ves su rostro
cada año en la Diana
cuando los abrazos
van y se reclaman
entre esos hermanos
que apenas se hablaban.
La amistad tiene cara,
vive en el cuartel
y pasea con cetro y
sandalias de plata
y una gran corona
pues es la que manda.

Pues sí, uno a uno, todos se fueron yendo, hoy, solamente quedo yo. El decano de mi corporación, el “viejo” como me llaman algunos. Que recuerde no he faltado ni un solo día al Cuartel, hasta que el cuerpo aguante, me digo; pues sé que mi misión ahora es la de enseñar el camino, vigilar para que la memoria de los que nos precedieron se mantenga intacta. Los jóvenes recurren a mí para contarles anécdotas de la Semana Santa de ayer, que es la de siempre, les hablo de los que no están, soy una especie de narrador de fábulas. Y no sólo de Semana Santa, no quiero que piensen que mi universo se reduce a los días de procesiones y a las reuniones en un cuartel. Que soy el típico chovinista que se llena la boca de Semana Santa, para luego criticar lo mal que estamos o hemos estado en este pueblo.

Por el contrario, intento inculcarles el amor por él, por sus tradiciones, por sus tierras, por su historia, les digo que luchen por él, que apuesten por él desde la posición social o profesional en la que estén, los acerco a su historia. Puente Genil, les digo os necesita, nos necesita a todos, es hora de despertar, de agitar las conciencias de sus hombres y mujeres, de un pueblo que merece mucho más.

Perdonad este arrebatado, creo que ya estoy mu mayor, tanto que tuve que quedarme en casa el viernes santo de este año, mi viernes santo.

El pueblo en la calle, recuerdo que por aquellos años subíamos hasta el cerro de San Cristóbal y desde allí divisábamos entre la cal de las casas de la calle Amargura el encierro en la Veracruz, Juanito, entonces, cantaba aquello de Redentor que estas en la cuna del mundo, y así, entre saetas y oraciones aguardábamos la salida de Jesús.

Cruz de resplandeciente plata, los mechones de un cabello largo, negro y una túnica que se balanceaba al caminar de los bastoneros.

El pueblo te rinde tributo en las notas de la Diana, cargas con la cruz por las calles de esta Jerusalén pontana, y yo te acompaño como lo hicieron aquel día muchos otros, te miro cerca, observo tus pies y tus manos y no consigo imaginar lo que sufriste aquel día. Te sentencian, te caes y la sangre recorre tu cuerpo, te duele porque también eres hombre, ¡levanta Nazareno que hay en Puente Genil mil cirineos para ayudarte.! Corro calles abajo y en el cuartel espero que den las tres y te canto,

Ya se ha cerrado el infierno
Y abierto la gloria
Se nos ha perdonao el pecao
Y al consumir la victoria
Se cumplió lo que el
Padre eterno había mandao

De noche ya, te veo crucificado, gloria al muerto gritan los pontanos, buen morir grito yo y me siento el hombre más triste del mundo por no poder bajarte, siento envidia de no ser aquel José de Arimatea que te envuelva en un sudario. ¡Yo se que existes Nazareno, yo lo se!.

El cántaro se ha roto
en la cálida fuente
y los ojos del puente
sollozan como nunca.
Sólo una luz alumbr
la lanzada en su pecho
mientras duerme en su lecho
pidiendo nuestros besos,
pues no bastan los rezos
al Cristo de este pueblo.

También se han quedado quietas
las cansadas manos..., santas,
de la bordadora anciana.
Sus fértiles ojos tienen
una luz extraña y piden
sin fuerzas que se despierte,
que abandone ya la muerte.
Cruje y llora la madera,
asciende al cielo la saeta
y da paso al miserere.
El olivo perdió el verde
y el naranjo se ha secado,
los membrillos han llorado
y la uva se ha escondido
y ha gemido en el racimo.
La Columna sigue fría,
y la sangre en sus estrías
pinta la pequeña plaza.
El puente al pueblo se abraza
en silencio... y medita.

Puentecito del Genil,
cómo secaré tus ojos,
cómo cortar tus sollozos
para reponer tu encanto.
Besa tú su cuerpo santo

que mis labios no le alcanzan,
rocíalo de alabanzas
y restaña sus heridas
por ver si vuelve a la vida
el Dios de nuestras entrañas.

Viejo chocho ya, tú que vas a saber, y a mi mente vienen las palabras de un sabio antiguo que decía: **“Mínima alma mía, tierna y flotante, huésped y compañera de mi cuerpo, descenderás a esos parajes pálidos, rígidos y desnudos, donde habrás de renunciar a los juegos de antaño. Todavía un instante miremos juntos las riberas familiares, los objetos que sin duda no volveremos a ver... Tratemos de entrar en la muerte con los ojos abiertos...”**.

Los ojos de mi nieto cuya mirada antes rehusé y a través de los cuales he visto pasar setenta años de mi vida. Espero haberos conducido por sus vericuetos de una forma plácida, reconfortante, nostálgica, sí, pero esperanzada. Espero que la ilusión infantil, el ímpetu de la juventud, la pasión de la madurez y la reflexión sosegada de la vejez. Todo, haya circulado por este escenario y por el vuestro, porque el protagonista de esta historia bien podrías ser tú.

Pero... perdonad que os deje, hermanos, por ahí veo venir corriendo a mi nieto y serán tantas cosas las que quiera contarme... Que dios os bendiga.